

Sobre Próspero y los encantamientos que terminan

Simón Andrés Villegas

...We are such stuff
As dreams are made on, and our little life
Is rounded with a sleep.

La tempestad, acto IV

La magia es siempre una y la misma: aunque sus formas de ejercerla varíen, su característica esencial permanece: esa obstinada y constante pugna contra la realidad, contra las leyes inmutables de la realidad. Ella, la magia, debe su poder casi infinito a una de las facultades humanas más avasalladoras y dominantes: la del deseo. Ahora bien, lo deseado, como sabemos, pocas veces hace buenas migas con lo real; todo lo contrario: se opone a él, retándole siempre en franca lid. El deseo, así, surge de aquello que no puede realizarse, que no puede verse satisfecho.

Por siglos, a través de encantamientos y hechizos, el hombre ha intentado revertir la realidad y manipularla a su favor: para hablar de nuevo con los que ya se han ido, para ganar el amor de ese alguien esquivo, para transformar en oro el plomo, para hacer brotar agua y hierba de allí donde solo hay piedra, para caminar sobre el mar y multiplicar panes y peces, para invocar la desgracia y la muerte sobre el odiado, para asegurarle un buen viaje al amado, para cercenar de un tajo ejércitos de enemigos, para atravesar desiertos y cordilleras de un salto, para convocar a placer terremotos y tempestades, para comunicarse con los astros, para saberse rey y señor de todo, para hacer que el tiempo se demore, se detenga, se vaya atrás o ya no avance más. La magia parece así el único modo que tiene el hombre de defenderse, de distanciarse de la realidad, que

pareciera amenazar a veces con devorarlo o, simplemente, con hartarlo.

La poesía, la literatura, participa sin duda de este reino de lo deseado, y sus fronteras con la magia son ciertamente difíciles de delimitar. ¿De qué otro modo, si no es a través de la palabra, ese viejo abracadabra, se ha expresado siempre el hechizo? ¿Acaso levantar desde la nada un cosmos de personajes, espacios, tiempos y acciones no es ya de por sí un pleno acto mágico?

Así, no es de extrañar que la magia haya sido uno de los temas eternos de la literatura, ya desde el mismísimo *Gilgamesh*, el primer gran texto literario del que tenemos noticia. Y no sería de extrañar, en consecuencia, que tal tema estuviera presente en la obra infinita (infinita porque se agranda con cada generación de lectores) de Shakespeare. El propósito de esta nota es sugerir tan solo una coincidencia curiosa y anodina, quizá mágica (como todas las coincidencias terminan siendo), que ha llamado mi atención desde hace un tiempo.

Se trata de un detalle, perdido entre la maraña de detalles que constituye *La tempestad*, una de las últimas obras de Shakespeare, y acaso una de las más ricas e imaginativas de toda su producción. Un detalle que relacionaría a Próspero, protagonista de esta obra de posteridad — obra cuyo tema principal es, dicho sea de paso, la magia —, con su autor.

Antes de nada, debemos recordar que Próspero, hechicero y legítimo duque de Milán, es el personaje en quien se condensa el tema central de esta obra: *La tempestad* es mágica en

función, principalmente, de su protagonista, es decir, gracias a él.

En *La tempestad*, Próspero ejerce un poder especial, y es quien lleva la voz cantante. Y casi que literalmente. Bajo el dominio de su palabra están sometidos los espíritus del aire, con el escurridizo Ariel a la cabeza. Desde la isla de su destierro, a la que fue confinado por su envidioso hermano Antonio, es capaz de conjurar una tempestad destinada a vengar la afrenta y a restaurar a su hija Miranda en el trono arrebatado. El hechizo borrascoso, sin embargo, dura poco: Próspero decide perdonar a sus enemigos, y reniega de sus poderes mágicos:

Pero aquí abjuro de mi negra magia; y cuando haya conseguido una música celeste (como ahora reclamo) para que el hechizo aéreo obre según mis fines sobre los sentidos de esos hombres, romperé mi varita mágica, la sepultaré muchas brazas bajo tierra, y a una profundidad mayor de la que pueda alcanzar la sonda sumergiré mi libro. (Acto V)¹

Las propias fuerzas se han agotado ya, y los “divertimientos han dado fin” (acto IV). ¿De qué sirve, entonces, urdir más hechizos?, ¿con qué alientos, si los que quedan alcanzan apenas para esperar la muerte?

A primera vista, los poderes, caracteres y destinos de Próspero y de su creador parecieran operar en niveles disímiles. Pero lo cierto es que la verdad poética puesta en juego aquí es la misma. Tanto Próspero como su autor son poseedores de un poder que les permite ver materializados, aunque sea en apariencia, sus más íntimos anhelos o preocupaciones, y utilizan tal poder a través de un mismo medio: la palabra: la palabra para embrujar, la palabra para crear.

A lo largo de estos cuatrocientos años que han corrido desde la muerte de Shakespeare, sus lectores han creído y querido ver en las pala-

bras finales de Próspero, las del epílogo, el testamento del poeta: este, a cuyas órdenes se congregaron los espíritus de la palabra; quien había conjurado, a través de los versos de sus personajes, tormentas de pasiones y delirios tan humanos como infernales; a cuyo mando “se han abierto las tumbas, han despertado a sus durmientes, y los han dejado partir” (acto V), renuncia, por boca de su hechicero, a sus creaciones y al “arte potentísimo” que les dio vida: al ruido y la furia, a las parcas de *Macbeth*, a *Macbeth*, a *Otelo*, a *Hamlet*, a *Lear*, a los reyes y traidores, a los genios y hadas; a los murmullos siempre presentes del Avon, ese río natal...: “Ahora quedan rotos mis hechizos / y me veo reducido a mis propias fuerzas, / que son muy débiles. [...] / Ahora carezco de espíritu que me ayude, de arte para encantar [...]”.

Acaso nos engañamos al ver cosas donde no hay nada, pero lo cierto es que, sobre todo con lo que nos es propio (como lo es el Bardo del Avon), nunca nos contentaremos con no ver *algo*, con no adivinar *algo*, con no vislumbrar *algo*, con no creer *algo*. ¿Qué hacen, si no, la magia y la poesía?

Sea como sea, varita mágica o pluma: al hombre, cuando le toca despedirse, no le queda más que tirarlos a un lado y dar el espíritu, quiero decir (como Cide Hamete, el del *Quijote*), dejarse morir.

Nota

- 1 Citamos a Shakespeare en la traducción de Luis Astrana Marín (Shakespeare, W. *Obras completas*, Madrid, Aguilar, 1951).

Simón Andrés Villegas es estudiante del pregrado en Letras: Filología Hispánica de la Facultad de Comunicaciones de la Universidad de Antioquia. Escribió este artículo para la *Agenda Cultural Alma Mater*.